

Cómo citar este artículo:

Carbonó-López, L. y Zea-Lopera, D. (2025). Guerra y cultura: transformaciones y discursividades sobre la vida cultural samaria durante la guerra de los mil días. *Revista Eleuthera*, 27(2), 169-188.
<https://doi.org/10.17151/eleu.2025.27.2.9>

Guerra y cultura: transformaciones y discursividades sobre la vida cultural samaria durante la guerra de los mil días

War and culture: transformations and discursivities on cultural life in Santa Marta during the Thousand Days War

LAURA CARBONÓ-LÓPEZ*
DAVID ZEA-LOPERA**

Resumen

Este artículo analiza la incidencia de la Guerra de los Mil Días en las transformaciones culturales que afrontó el departamento del Magdalena, particularmente la ciudad Santa Marta. Se trabajó a la luz de algunos estudios y documentación de prensa que reposan en el Archivo General de la Nación, Archivo Histórico del Magdalena Grande y la Hemeroteca de la Universidad de Antioquia que permitieron comprender, en cierta medida, cómo se desarrollaron en el marco de dicho conflicto. Por esta razón, se realizó un estado del arte que puso de manifiesto los intentos por abordar los cambios culturales en la región haciendo énfasis en las festividades, la educación y la música como parte central de la búsqueda de una identidad que fuese acorde a los modelos políticos del momento. Esto estuvo sujeto a los altibajos económicos que afrontó la población por su condición de ciudad de paso.

Palabras clave: Guerra de los Mil Días, discurso, prensa, vida cultural, Santa Marta.

Abstract

This article analyzes the impact of the Guerra de los Mil Dias (Thousand Days War) on the cultural transformations faced by the Department of Magdalena, particularly the city of Santa Marta. The work was carried out in the light of some studies and press documentation that rest in the Archivo General de la Nación (General Archive of the Nation), Archivo Histórico del Magdalena (Historical Archive of Magdalena) and the newspaper and periodicals archive at Universidad de Antioquia, that allowed to understand, to a certain extent, how they developed within the framework of said conflict. For this reason, a state of the art study was carried out which highlighted the attempts to address cultural changes in the region, by emphasizing festivities, education, and music as a central part of the search for an identity in line with current political models. This was restrained by the economic ups and downs experienced by the population due to its status as a transit city.

Keywords: Thousand Days War, discourse, press, cultural life, Santa Marta.

* Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia (Colombia) Docente del programa Historia y Patrimonio, miembro grupo de investigación Historia, Patrimonio y Creación Artística y Cultural Universidad del Magdalena.

Correo: lcarbono@unimagdalena.edu.co.  orcid.org/0000-0002-4647-1591  **Google Scholar**

** Historiador Universidad Nacional de Colombia (Medellín). Estudiante de Maestría en Historia de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (Argentina). Correo: dzeal@unal.edu.co.  orcid.org/0009-0008-6156-2812



Introducción

La historia del siglo XIX latinoamericano se ha abordado desde lugares comunes: la formación de los Estados, su devenir económico y las múltiples vicisitudes que ello implicó (Villegas, 2011). Sin embargo, no puede pensarse un proyecto de nación si no se considera el desarrollo de su cultura y las transformaciones que experimentó en el marco de diversas coyunturas. En este sentido, la segunda mitad del siglo se destacó por la búsqueda de identidades nacionales sólidas y la necesidad de adaptar modelos políticos y sociales que respondieran a las nuevas realidades y establecieran una distinción entre lo moderno y lo que estaba por fuera de ello.

En el caso colombiano, es notoria la dificultad que para la historiografía ha representado el abordaje de los fenómenos culturales en el marco de coyunturas políticas decimonónicas, en especial cuando estos problemas se posicionan en la periferia republicana. Por supuesto, aquí influyen diversos factores entre los que destacan los problemas que enfrentan los centros de memoria, archivos históricos y bibliotecas sobre la preservación del corpus documental de la época, o las instituciones encargadas de la conservación del patrimonio inmaterial y la difusión cultural.

Este artículo analiza la incidencia de la Guerra de los Mil Días en las transformaciones culturales que tuvieron lugar en Santa Marta. Asimismo, ante la falta de estudios que indaguen el desarrollo de la guerra en el Caribe colombiano, se contextualiza su evolución tanto en la ciudad como en el departamento del Magdalena. Por supuesto, también reflexiona sobre las dificultades que ha representado para la historiografía colombiana el abordaje de los fenómenos culturales de la región tanto en el contexto de la guerra como por el contexto social del mismo tiempo.

Si bien Santa Marta no estuvo al margen de la vida política y cultural colombiana, mantuvo una relativa distancia con el interior del país. En este sentido, es válido pensar que el lugar periférico que ocupó la ciudad por mucho tiempo en la realidad republicana incidió en las dinámicas que tomaron no solo los conflictos en su interior, sino también en el desarrollo de la vida cultural. En consecuencia, estuvo atravesada por una serie de factores que interfirieron en sus dinámicas habituales, y no solo a raíz de los conflictos armados, sino también por la falta de regularización de políticas públicas que favorecieran el crecimiento mercantil (Elías-Caro, 2020), influyendo directamente en la conformación de nuevos imaginarios y, por extensión, en la modificación de sus prácticas culturales (Borja, 2011). Al mismo tiempo, la sociedad samaria vio sus espacios de sociabilidad volcados a otras configuraciones que respondían a nuevos gustos e imaginarios, en parte como consecuencia de las oleadas migratorias y la búsqueda de inclusión en grandes círculos sociales del interior del país, establecidos a partir de relaciones comerciales, familiares o políticas (Elías-Caro, 2020; Vilorio de la Hoz, 2014).

Por tal, se plantea que si bien el relativo aislamiento del departamento a finales del siglo XIX le otorgó una posibilidad de conservar en gran parte algunas prácticas que han representado una parte integral de su vida cultural (como el carnaval), algunos fenómenos como los intentos de integración en la vida nacional, el desarrollo de una industria impulsada, en parte, por empresarios extranjeros, y el impacto de la Guerra de los Mil Días en la región, transformaron las dinámicas de dichas prácticas y formularon nuevas narrativas sobre su desarrollo a lo largo del siglo XX.

De este modo, el artículo está dividido en dos secciones. La primera parte corresponde a un estado del arte donde se abordan las dificultades para asir este problema a partir de estudios sobre el período republicano en Santa Marta y el resto del Caribe que evidencien los intentos por estudiar los cambios culturales en la región a partir de coyunturas sociales y políticas. Igualmente, se desarrollan los conceptos de cultura e identidad puestos en contexto con la situación de la ciudad en el período trabajado.

La segunda parte despliega el contexto sociohistórico de la ciudad en el marco de la Guerra de los Mil Días, pretendiendo establecer un panorama sobre el estado de la cultura en Santa Marta y el Magdalena durante dicho período, prestando especial atención al desarrollo de los festejos populares en el marco de dicho conflicto. En esta sección se pondrán en discusión algunos estudios de historia cultural que pueden dar una idea de estas prácticas, junto con varias fuentes de prensa como el Diario Oficial, El Impulso y el Estado del Magdalena que reposan en el Archivo General de la Nación (AGN), la Escuela en la Hemeroteca de la Universidad de Antioquia y, las carta y ordenanzas del Estado del Magdalena en Archivo Histórico del Magdalena Grande (AHMG). En este punto se hace el llamamiento a comprender el estado de los archivos, resaltando el mal estado de aquellos que se encuentran en las zonas periférica como el Archivo Histórico del Magdalena Grande, que aún no cuenta con un catálogo de todo su acervo, no cuenta con digitalización en ciertas secciones y presenta un mal manejo en su mantenimiento (están con problemas de humedad o se desmoronan).

Discusión

La guerra de 1899, iniciada en Santander y cuya mayor consecuencia fue la separación de Panamá en 1903, fue el conflicto más prolongado y destructivo desde 1810. (Pérez Pinzón, 2014). La interpretación clásica de la Guerra de los Mil días de Charles Bergquist (1999), Marco Palacios (2002) y Thomas Fisher (1998) ha apuntado ampliamente las múltiples tensiones heredadas del reformismo borbónico del siglo XVIII y las consecuencias culturales que tuvo no solo en el período independentista, sino también a lo largo del siglo XIX. Siendo así que desde la Independencia, el país estuvo seguido de décadas de inestabilidad política entre los defensores de modelos muy distintos de nación, uno bajo la egida del partido conservador y otro bajo el partido liberal. Esto desató una serie de conflictos que desembocaron en guerras nacionales

como la de 1839 o Guerra de los Conventos, Guerra Civil de 1851 y 1854, la Guerra Magna de 1859, la Guerra de la Escuelas de 1876, la Guerra Civil de 1884 y la Guerra Civil de 1895 (Caballero, 2018, p. 224-226). Estos conflictos llevaron a un fuerte desgarramiento del tejido social a finales de siglo XIX, y propiciaron una transformación en las dinámicas culturales con la llegada del siglo XX.

En la primera mitad del siglo XIX, Santa Marta se constituyó como un importante foco de abastecimiento comercial y bastión del ejército realista hasta 1820 (Restrepo, 1975. Ahora bien, desde la década de 1830 Santa Marta no estuvo al margen de la búsqueda de referentes identitarios en los ámbitos político y cultural. Si bien este proceso fue transversal en el resto del país, Santa Marta mantuvo distancia con el interior, pues de acuerdo con Borja (2011) toda transformación política y económica producto de revoluciones influye directamente en “la mentalidad y prácticas culturales” (p. 441). En consecuencia, la vida cultural de la ciudad estuvo atravesada por agudos conflictos sociales y la falta de regularización de políticas públicas que favorecieran el crecimiento mercantil (Elías-Caro, 2020). En relación con esto, y considerando que dichas condiciones se mantuvieron en gran parte del siglo, hubo una transformación cultural y social que —aunque de lento crecimiento— tuvo repercusiones en la consolidación de su identidad y en la integración con el resto del país.

En este contexto, hay que tener en cuenta que el siglo XIX significó la inserción de instituciones e ideales modernos y la búsqueda de referentes civilizatorios, lo que desencadenó diversas disputas políticas bipartidistas donde

La retórica civilizadora proporcionó a ambos partidos [liberal y conservador] un léxico común que, sin embargo, estaba atravesado por grandes abismos sobre el valor y el sentido del progreso, la nación, la república y, por supuesto, el legado hispánico, uno de los ejes del debate político de mediados del siglo XIX (Villegas, 2011, p. 416).

En este sentido, este proceso influyó en la elaboración de imaginarios étnicos y raciales que repercutieron en la conformación de ciertos núcleos familiares y sociales. Rodríguez (2011) explica que “el elemento de parentesco, como el racial, refieren al pueblo nación o a la identidad nacional como una herencia” (p. 61), por lo que los criterios para hablar de una identidad común están atravesados por perspectivas raciales y, por ende, la historia y memoria compartidas refieren a la construcción de imaginarios colectivos encaminados a una causa con intenciones políticas y de ordenamiento territorial, pues influyeron en la configuración urbana de la ciudad y, por extensión, en sus dinámicas culturales (Melo, 1987). En este sentido, debe resaltarse que el desarrollo del sistema de transportes durante la época republicana convirtió al río Magdalena en la principal ruta para la introducción de mercancías al interior del país. Además, la debilidad del comercio interregional tendía a reforzar las limitaciones de los

medios de comunicación, estancando la construcción de caminos y vías férreas, fortaleciendo mercados locales autosuficientes que dependían de la apertura de mercados externos, por lo que la mayoría de los proyectos apuntaba a la unión rápida y eficiente de las regiones con el extranjero (Melo, 1987).

En esta misma línea, se insertan varios estudios que le dan predominancia a los grupos subalternos. En una obra reciente coordinada por Isidro Vanegas (2017) se ponen en discusión varios aspectos sociales de la construcción del Estado colombiano a lo largo del siglo XIX, cuya hipótesis plantea que esta población participó por diferentes motivos y que esta guerra debe entenderse a la luz del concepto de *conflictos fragmentarios*, que permite comprender las motivaciones particulares de los diferentes actores en relación con las dinámicas de estos enfrentamientos.

Sin embargo, la dificultad más sobresaliente de los trabajos es que, si bien han tratado casos particulares, reducidos a una escala regional y atendiendo a actores específicos que otorguen nuevos puntos de vista sobre la guerra, la mayoría observa el interior del país (sobre todo los Valles del Magdalena Medio) y casi no hay mención a casos situados en la Costa Caribe. Pero esto no quiere decir que la región no cuente con aportes relevantes o que no se hicieran esfuerzos por problematizar los casos que surgen de allí. Por ejemplo, la importancia que en los últimos años ha cobrado el estudio de las arterias fluviales del país y su influencia en la guerra ha motivado estudios que intentan relegar a la costa de la posición periférica que por mucho tiempo ocupó en la historiografía.

A mediados del siglo XIX Santa Marta logró posicionarse en el panorama económico nacional, destacándose en el dragado de caños en la Ciénaga Grande, permitiendo la navegación entre Pueblviejo y el río Magdalena. Por otro lado, las políticas de corte liberal buscaron abrir el mercado a nuevas industrias extranjeras; por ende, el comercio exterior vio en Santa Marta un puerto de preferencia para la entrada de mercancías (Bell Lemus, 1989). Así, entre 1850 y 1871, la ciudad había registrado el 80% de las importaciones colombianas, siendo 13 veces superior a las de la vecina Cartagena (Viloria De La Hoz, 2018).

Por otro lado, hay que precisar que a finales de la década de 1860 las actividades comerciales locales se desaceleraron, pues la elite samaria se trasladó a ciudades más prósperas como consecuencia de las guerras, la construcción del ferrocarril de Sabanilla, las epidemias de cólera y tífus y los estragos del terremoto de 1834. En medio de esta situación, Joaquín Riascos, presidente del Estado del Magdalena, advirtió que la pobreza e inestabilidad fueron consecuencias del poco fomento a la industrialización que fue llevando a sus habitantes a un estado de desmoralización. En este sentido, los estudios de Álvarez y López (2020) han arrojado luces sobre las dinámicas de la Guerra de los Mil Días en la región. En uno de sus trabajos más recientes (2020) reflexiona sobre su impacto en el departamento de Bolívar, tomando como

punto de referencia el pueblo de Magangué y su puerto como espacios claves en las dinámicas del conflicto. Asimismo, observa los alcances de la guerra a nivel departamental y regional, y resalta la importancia de los puertos fluviales como punto de desarrollo de diferentes dinámicas económicas, sociales y culturales que, tras la guerra, fueron afectadas.

Lo anterior es reforzado con diversas narraciones que se realizaron luego del conflicto y que dejaron constancia de los festejos y celebraciones en algunas poblaciones:

Los cabildos de negros, las expresiones indígenas, las fiestas de Nuestra Señora de la Virgen de la Candelaria y el Carnaval hacen parte de su memoria, “recuerdos de mi infancia y de mi primera juventud me parecen un sueño” un testimonio que perfilará toda la polirritmia de la posteriormente nominada cumbia, gaita, mapalé, porro, bullerengue, currulao, etc (Gutiérrez, 2013, pp. 82-83).

Tras la guerra de 1885 o Guerra de la Regeneración, la ciudad entró nuevamente en declive y se vieron afectadas actividades como la agricultura, ganadería y comercio, conformándose apenas algunas “industrias, hoteles, zapaterías o peluquerías, solo seis tiendas, un almacén, una farmacia, una imprenta y una sastrería” (Real, 1992, p. 51). El general Ricardo Gaitán Obeso, caudillo liberal, tomó la ciudad de Barranquilla y, temiendo que Santa Marta cayera, el Gobierno se trasladó a Riohacha, donde preparó una contraofensiva que afectó a la economía tras el cierre del puerto por parte del Gobierno (Viloria De La Hoz, 2014).

Aun así, Uribe (2006) explica que la lucha por los sentidos de *nación* y *soberanía* abre el campo de estudio donde toma la prensa como fuente primaria para la interpretación de realidades. Por lo tanto, la prensa:

brinda la posibilidad de identificar representaciones colectivas, imaginarios sociales, macro-relatos y discursos políticos imprescindibles para trabajos hermenéuticos [...] En tanto que valora y toma partido sobre los hechos y su devenir, ofrece el material documental requerido para identificar la vigencia de corrientes políticas y filosóficas, teorías, visiones ideológicas del mundo y confrontación de sentidos comunes, entre otros. (Uribe, 2006, p. 14).

En la mayoría de temas de relevancia pública, “los ciudadanos se las ven con una realidad de segunda mano” (Mccombs, 2006, p. 24), y como parte de la construcción de la realidad social, los medios de comunicación permiten a los individuos informarse parcialmente sobre lo que sucede en su entorno, ideas o posturas políticas imperantes.

En 1895, la sublevación de los líderes de oposición dio lugar a un enfrentamiento militar en el que resultó vencedor el Gobierno Central. Desde este momento, la represión al liberalismo fue constante (Bergquist, 1999) y tanto el conservador como el liberal legitimaron doctrinas de acuerdo con sus creencias y principios, por lo que no solo los lectores de la prensa política recibían una sesgada selección informativa, sino que las memorias que circularon más adelante también se adhirieron a estas dinámicas. Por ello, en periódicos como *El Impulso* (1895-1897), que apoyaba la línea de Miguel Antonio Caro, se hallan artículos con referencias al estallido de la guerra de 1895:

A ULTIMA HORA. NUEVA CAMALIDAD. Guerra en Colombia! En prensa ya el presente número y cuando todo hacia augurar un bello porvenir, repentinamente llega á esta capital alarmantes noticias. La guerra con todo su cortejo de horrores sentó por fin sus reales en la infortunada Colombia. Dios la salve! (*El Impulso*, febrero de 1895).

En 1899, Jorge Holguín, ministro de Guerra y Marina, envió una circular telegráfica a los gobernadores de Antioquia, Bolívar, Cauca, Magdalena, Panamá, Santander y Tolima, advirtiendo que, en caso de alzamiento de hombres armados contra las autoridades legítimas, debían declarar turbado el orden público, asumiendo las funciones de jefes civiles y militares de sus respectivos departamentos:

Declarar que si llegado el caso de romperse el régimen constitucional, es deber de los conservadores esforzarse por todos los medios a su alcance en restablecerlo, sin aguardar órdenes ni instrucciones de nadie, y uniendo de hecho sus esfuerzos con los demás republicanos que tengan igual aspiración. Bogotá, agosto 17 de 1899 (Acuerdo N° 3, 1899).

Es importante destacar que la costa Caribe era una zona de vital importancia para la economía del país, y al finalizar la guerra se reconstruyeron y ampliaron varios kilómetros de vías férreas entre Bogotá y la costa (Ospina, 2019) tras los múltiples intentos por apoderarse del río Magdalena, convirtiéndose en objetivo por parte de ambos bandos. Por tanto, los departamentos costeros eran enclaves estratégicos para el control marítimo o para dar apoyo si era requerido. Entre los sucesos que acontecieron en la ciudad se destaca el relatado por Juan Lázaro Robles, capitán del ejército liberal, que en sus memorias sobre la Guerra de los Mil Días dijo:

Habíase optado por lo convenido con el general Sarmiento; desembarcar las tropas en un punto de la costa de Santa Marta y amenazar con los buques el puerto, mientras el ejército se deslizaba por tierra, en sus alrededores, para ponerse en contacto con las guerrillas de la zona bananera, formar así un fuerte cuerpo, ocupar a Ciénaga, dominar el

río Magdalena y apoderarse de Barranquilla y de todo el litoral (Robles, 2015, p. 47).

En este contexto, Santa Marta seguía teniendo un estatus de ciudad de paso y plaza de guarniciones de donde salían y llegaban los contingentes del gobierno. Detrás de las dificultades fiscales y monetarias a que se enfrentaba el Gobierno, se veía una economía perturbada por la desorganización en la producción, el transporte, la prensa y el sistema laboral en los tres años que duró la guerra (Bergquist, 1999).

En este contexto, se observa cómo la confrontación armada implicó la participación de diferentes actores sociales, entre los que se cuentan artesanos, peones y jornaleros donde la mayoría participaba bajo el apoyo de sus patrones o por voluntad propia (Trujillo, 2018). Asimismo, hacia 1900, tanto el puerto de Santa Marta como los de Barranquilla y Cartagena quedaron cerrados al intercambio comercial:

Considerando: que con motivo de la actual revolución, cada día aumentarían las necesidades de fondos para el abastecimiento de la fuerza pública y por consiguiente la conveniencia de arbitrar recursos se hace necesario y urgente. [...] que fue desocupado esta plaza por las fuerzas legítimas quedo cerrado este puerto a todo comercio tanto de importación como de exportación (Decreto N°223, 1901).

Por otro lado, es posible notar que los ánimos de estos sectores en Santa Marta (y, posiblemente, en otras ciudades de la Costa) se vieron afectados tras el retraso en el pago a los servidores públicos, vencido durante los primeros años de la guerra, “pagándoles a la vez a muchos de estos hasta raciones y sueldos militares” (Correspondencia del Inspector de obras públicas del Departamento al señor Gobernador del departamento, Legajo 11, Tomo 11, Santa Marta diciembre 1900).

En este contexto, la guerra se recrudeció en el norte del país a finales de 1899. Además, el Caribe fue de las primeras regiones donde cesó el conflicto mediante la firma del acuerdo de Neerlandia, poniendo fin “a la guerra en el norte, y a la amenaza de los cañones estadounidenses en Panamá” (Cuervo de Jaramillo, 1999, p. 10).

Es evidente, también, que las condiciones en las que se desarrolló el conflicto en esta región dejaron un vacío en cuanto a información material que dificulta entender las dinámicas sociales en la zona. Por su parte, Gutiérrez (2013) señala que la región también atravesó por diversas tensiones culturales a causa de “conflictos políticos, diferencias regionales y la posibilidad de búsqueda de una república estable” (Gutiérrez Sierra, 2013, p. 82). A un nivel macro, el

impacto de la Guerra de los Mil Días y la depresión mundial de los precios (sobre todo del café), hizo que el país pasara por una situación de inestabilidad (Bushnell, 1994).

La memoria que se hace desde la guerra o las crisis de cualquier índole (independientes del momento y lugar) busca crear articulaciones entre el patriotismo y la identidad nacional. Estos acontecimientos se entienden como una ruptura en la memoria del país que dejan «heridas» profundas representadas en la destrucción material y en cómo las mentalidades tratan de reconstruir el espacio en el que se desarrollan después de ello (Drozdowski et al, 2019). Sin embargo, el proceso de reconstrucción de narrativas sobre los conflictos no está exento de atravesar dificultades.

En este sentido, resulta problemática la falta de fuentes primarias que daten de finales del siglo XIX y que coincidan con el momento en que estalló la Guerra de los Mil Días, de manera que permitan esclarecer cuál era el consumo cultural en ese periodo y cómo se llevaban a cabo determinadas festividades importantes en la región, como lo han sido las fiestas patronales, las conmemoraciones patrióticas y el carnaval. Estas dificultades se extienden cuando se aborda el estado del arte en materia cultural de la región. Carrasquilla (2017) plantea un punto problemático para establecer una historia cultural en el Caribe colombiano, pues se trata de asumir que sus identidades no pueden ser vistas como algo homogéneo, debido a que los procesos en los que se establecen responden a muchos aspectos en los que la cultura se ve implicada y hace difícil clasificarla en algo singular.

Los círculos intelectuales y literarios, por ejemplo, tuvieron un papel fundamental en el establecimiento de una identidad costeña (Carrasquilla Daza, 2017). Sin embargo, esto fue un proceso tardío que solo comenzó a tener importancia a mediados del siglo XX.

En relación con las dinámicas culturales derivadas del conflicto, se evidencia una tendencia en varios estudios sobre las celebraciones del centenario de la independencia que prestan atención a los discursos en el marco de las celebraciones una vez finalizada la guerra. Schuster y Vargas (2021) analizaron estos festejos a partir del Diario de Konrad Beisswanger, presentándola como una fuente que brinda miradas alternativas “a la interpretación y significado de las fiestas del Centenario de la independencia”, (Schuster y Vargas, 2021, p. 299) donde se exponen las dinámicas alrededor de los festejos, la organización del espacio y demás eventos relacionados.

Los autores desarrollan un contexto que evidencia las secuelas de la Guerra de los Mil Días en el imaginario colombiano, resaltando, por un lado, el creciente sentimiento antinorteamericano tras la separación de Panamá y, por otro lado, la política de unidad nacional y la promoción de una nueva memoria histórica promovidas por el presidente Rafael Reyes como los mayores precedentes que motivaron la organización de los festejos del centenario. Esta última buscaba

omitir las guerras posteriores a la independencia, donde los festejos intentaban “aportar a la cohesión de un país fragmentado y polarizado” (Schuster y Vargas, 2021, p. 300).

En este sentido, el trabajo da cuenta del desarrollo de los festejos públicos en el marco de la posguerra y la importancia de promover la memoria histórica en medio de la polarización. Sin embargo, se circunscribe solo a Bogotá y los autores advierten que no han podido ubicarse fuentes similares en otras regiones del país.¹

Esto va aunado al concepto de identidad social gestado desde la década de 1830, que fue indispensable para la edificación del ser nacional donde los elementos culturales son criterios objetivos utilizados para la invención de identidades nacionales como el idioma, la religión y costumbres que se irán ligando al territorio (Rodríguez Vásquez, 2011). Por tal, la identidad social se manifiesta como un arma segregacionista, asociada a las consecuencias políticas y los juegos de poder luego de la guerra. Por tanto, es notable que las prácticas discursivas influyan en el espacio social y formen calificativos, ideologías, atributos simbólicos e imágenes comunes que a su vez son transformados en prácticas culturales dispuestas a recrear e interpretar identidades y saberes sociales a través de las tensiones que aparecen en la guerra por medio de la inclusión y exclusión de los sectores políticos vencedores sobre los derrotados.

A propósito de los estudios que vinculan esta guerra con el desarrollo de las prácticas culturales de la región Caribe, se destacan los trabajos de Henríquez (2000) y Gasca (2017). El primero hace un recorrido desde los orígenes de diversos estilos musicales en el Magdalena desde el siglo XVI hasta el XX; utiliza diversas fuentes documentales del siglo XIX en contraste con varios estudios sobre el origen de músicas que, según explica, son originarias de Santa Marta a pesar de que otros territorios cercanos se adjudiquen su origen. Aunque habla ampliamente del siglo XIX, es poca la referencia que hace sobre la difusión musical y festiva durante la guerra; sin embargo, tras la manumisión de los esclavos y las sucesivas guerras civiles, proliferaron las bandas de música, la mayoría de origen militar, que constituyeron la reconfiguración de determinados espacios públicos. En este sentido, no solamente se trataba de conjuntos que marcaban el inicio de alguna confrontación, sino también el inicio de celebraciones sobre sus triunfos. Por otro lado, alude a algunas piezas escritas y difundidas en el marco de la Guerra de los Mil Días, aunque no aporta otros datos que no sean descriptivos, como el caso de “Mi Compadre Mono, escrita en el año 1902, y estrenada en la plaza de Ciénaga, luego de la derrota de Rafael Uribe Uribe, el 14 de octubre de 1902, por el conservador Florentino Manjarrés, nativo de Puebloviejo” (Henríquez, 2000, p. 30).

¹ De todos modos, al final del artículo mencionan el texto de Otto Fuhrmann y Eugène Mayor (*Voyage d'exploration scientifique en Colombie* (Neuchâtel: Attinger Frères, 1914)), donde se mencionan las celebraciones del Centenario en Barranquilla.

En este contexto, durante la segunda mitad del siglo XIX comenzó a buscarse la integración u homogeneización de estilos y géneros; es decir, las músicas de cada región, que a un nivel micro tenían una marca que les identificaban como propias del espacio en el que se desarrollaban, pasaron a integrarse a músicas que se estaban difundiendo rápidamente en la región y el resto del país, coincidiendo con una “tensión narrativa oficial de la historia con imposiciones centralistas-andinas” (Gutiérrez Sierra, 2013, p. 89), es decir, se estaba dictaminando el devenir cultural del resto de la nación como un intento de construir una imagen identitaria que fuese común a todos sus habitantes. Ciertamente, este proyecto, como muchos otros, estaban alineados con los ideales de la modernidad, por lo que se dejó de lado a las regiones periféricas, apelando a narrativas despectivas y reduccionistas.

Esto se vio reflejado, por ejemplo, en la comercialización y consumo de instrumentos musicales. En un minucioso estudio sobre la historia del acordeón, Viloría de la Hoz (2018) evidencia una distribución mayoritaria en varios Estados con excepción del Magdalena, pues entre 1869 y 1870 Santa Marta solamente importaba pianos y órganos. De acuerdo con esto, es posible que la ausencia de acordeones se debiera a que este era “un instrumento nuevo, sobre el que la población costeña y colombiana en general tenían escaso conocimiento” (Viloría De La Hoz, 2018, p. 30). Por otro lado, es posible que su escasa distribución también respondiera a las narrativas explicadas anteriormente, pues, aunque fue un instrumento de origen netamente europeo, fue acogido por una población rural y no urbana, como solía suceder con otros instrumentos que llegaban de allí.

Para el estudio de las dinámicas culturales en el Caribe Colombiano y en Santa Marta, utilizamos el concepto de cultura acuñado por Malinowski (1984), entendido como una unidad constituida por artefactos y un sistema de costumbres. Dado que los procesos migratorios propiciados por las alteraciones políticas de la época fueron importantes en la creación de un puerto que, a su vez, influye en las relaciones complejas de la misma ciudad, el establecimiento de puertos marítimos o fluviales estructura estas poblaciones desde lo social y lo cultural (Solano, 2010). Por ejemplo, el Carnaval es una consecuencia directa de la afluencia masiva de hombres de las riberas del río Magdalena, Cartagena, Santa Marta y Ciénaga a otras localidades más pequeñas como Barranquilla, como lo afirma Pedro María Revollo cuando se refiere a esta como una festividad llevada a la ciudad por “los samarios, que inmigraron en gran número desde mediados de siglo XIX y los momposinos, en cuyas ciudades se celebraban de tiempos inmemorial” (Revollo, 1956, p. 20). Igualmente, la prensa señalaba en 1898 que los carnavales “estuvieron muy animados, que todas las clases sociales participaron de bailes, danzas, disfraces, animación, contento, de todo hubo durante los días de bacanal. Se puede asegurar que, con excepción del bolsillo, todo lo demás quedó satisfecho de la diversión” (El Impulso, marzo 1897).

Por su parte, Gasca (2017) hace un recorrido sobre la organización del Congo de Oro en el carnaval de Barranquilla desde la segunda mitad del siglo XIX. Menciona cómo fueron las primeras direcciones del Congo y cómo, hacia finales del siglo, se expandió en los demás carnavales del resto de la región; por ejemplo, señala que en 1886 se fundó el Congo Grande de Galapa que, tras el inicio de la Guerra de los Mil Días, se disolvió y solo se volvió a reagrupar en 1907 después de viajar al Carnaval de Barranquilla y ver desfilar al Congo Grande. La autora explica que esto generó discordias entre el grupo de Galapa y el de Barranquilla, lo que implicó que este último reafirmara su identidad cambiándose el nombre por el de Congo Grande de Barranquilla, pero no ofrece más datos al respecto sobre las consecuencias de este acontecimiento ni sobre las secuelas que dejó la guerra en las dinámicas tanto del carnaval como de estas agrupaciones.

El caso de los carnavales de Barranquilla puede dar pistas sobre las dinámicas de estas festividades después de la guerra. Lizcano y González (2010) mencionan que, a diferencia de ciudades cercanas, como Cartagena, “la educación no fue precisamente muy apetecida” y, por tanto, fue una ciudad que dio importancia al auge comercial de principios del siglo XX por encima de su vida cultural. En consecuencia, aunque pareciera desinteresada en reforzarla mediante la creación de cafés, teatros o librerías, la élite local hizo esfuerzos por reanudar las celebraciones del carnaval. Asimismo, Edgar Rey Sinning (2019) establece una diferenciación en la participación de los festejos desde la década de 1860. Por un lado, observa las celebraciones en las que participaba casi toda la población, como las cumbiambas, carnavales y actos patrióticos que tenían lugar en plazas u otros lugares, donde el pueblo acudía únicamente en calidad de espectador, mientras en los festejos populares participaba «de los bailes y otros regocijos populares, mientras tanto, solo son convocados para que escuchen los discursos y aplaudan» (Rey Sinning, 2019, p. 163).

Por otro lado, las celebraciones del centenario también sirvieron a la élite como plataforma para la renovación del carnaval en la medida que fueron usados como espacios de memoria histórica. Tras el fin de la guerra y la separación de Panamá, el centenario fue una oportunidad de afianzar la idea de unidad nacional mediante la pedagogía y los actos públicos; por ende, el aspecto que más resalta en los carnavales de posguerra fue la utilización de carros alegóricos alusivos a temas históricos y a “la imagen romántica de la libertad” (Lizcano y González, 2010, p. 214-215).

Ahora bien, las celebraciones exclusivas de la élite eran descritas como eventos “cerrados (...) [que] se realizan por la noche” (Rey Sinning, 2008, p. 24) y tenían dinámicas diferentes. Por ejemplo, estas no solían organizarse en lugares abiertos, sino que se limitaban a espacios cerrados, como el Colegio Seminario o el Centro Social; pero llama la atención que también hubiera una apropiación de la estética del carnaval en estos recintos, mientras el resto de la población celebraba en las calles o en otras casas de familia.

La mayor parte de la producción cultural durante el siglo XIX giró en torno a la construcción imaginaria de un idealismo de la nación, donde las familias influyentes son vistas como los salvadores de sus regiones o provincias. En este sentido, estos grupos se percibían como instituciones que “permitía el acceso a posiciones de poder, a la obtención de fueros y privilegios, al patrocinio de actividades y además servía de resguardo en tiempos difíciles” (Suárez Araméndiz, 2008, p. 16).

En Santa Marta se estableció una elite mercantil caracterizada por establecer redes familiares a las cuales se vincularon individuos de origen español que les permitió, en tiempos de crisis, introducirse en el contrabando para asegurar la protección de sus bienes, así como la circulación de ideas e información vedadas, logrando una suerte de unión con una emergente elite intelectual. De ahí se desprende que surgieran algunos medios de información, como Argos Americano, Gaceta Departamental, La Escuela o El Toro en el Magdalena, medios de difusión que “permitió evidenciar el cambio en las «sociabilidades» de estos grupos” (Suárez, 2008, p. 11).

Durante la Hegemonía Conservadora se hizo evidente “la prolongación de muchos rasgos de la política decimonónica en el régimen político” (Álvarez Llanos, 2004, p. 54) que, en parte, fue una de las causas que entorpeció la constitución de la identidad nacional y de un establecimiento político sólido, “con un relativo rezago respecto a la construcción de una verdadera nación, a la consolidación de su mercado interno y a la modernización del Estado” (Álvarez Llanos, 2004, p. 54).

Estas relaciones socioculturales también se dieron desde lo económico, pues la conformación del empresariado en la ciudad y el departamento no solo influyó en el establecimiento de redes mercantiles, sino también en el intercambio de ideas e imaginarios, pues cuando se revisan las costumbres mercantiles y los procesos productivos en un contexto determinado y sus relaciones con otros, se tiene la posibilidad de conocer, como algo imperioso, cómo fue la forma de hacer empresa en ciertos periodos de la historia, pero también cuáles fueron los problemas fundamentales que abordaron y cómo les dieron solución. (Elías-Caro, 2019).

Igualmente, se resaltan los fuertes lazos que, desde mediados del siglo XIX, las familias de la élite samaria tuvieron con los hacendados y la élite intelectual de Santander y Antioquia, coincidiendo en un pensamiento político y entendiéndose el apoyo que tuvo la facción liberal del norte por parte de Rafael Uribe Uribe:

Como la revolución estaba preponderante en el departamento de Bolívar con el general Rafael Uribe Uribe a la cabeza, se hacía necesario que el Gobierno se les encarase. Recogidamente se anunció la llegada a la Costa de la división “Ospina” con un lujoso Estado Mayor. (Valdeblánquez, 2015 p.57).

Por tanto, la educación también fue parte central en la producción cultural que se adaptara a las élites de la época y en dicho período hubo un interés predominante en materias relacionadas con las artes y las humanidades coincidiendo con la proliferación de varios periódicos que difundían contenido educativo, destacando *La Escuela* (1890) que funcionó como “agente maravilloso de progreso sirve para los procesos de lógica o medios de transmisión de las ideas o conocimientos para ilustrar al profesorado” (*La Escuela*, abril 1890.). Asimismo, durante la Guerra de los Mil Días, colegios y escuelas oficiales fueron cerradas para la juventud liberal, pues el gobierno favoreció a sus adeptos mediante becas “de exclusivo aprovechamiento para las familias acomodadas e influyentes del partido de gobierno. En cuanto a los tribunales de justicia, la negación y el desconocimiento de los derechos liberales era cosa común y corriente” (Robles, 2015, p. 29).

En este mismo contexto, Acevedo (2011) que destaca los esfuerzos del gobierno departamental de Cartagena por impulsar no solo la educación pública, sino también por insertarse en las dinámicas educativas del interior del país; por otro lado, resalta la necesidad por implementar cátedras y actividades que fomentaran la memoria histórica y reafirmaran, tanto en la ciudad como en el departamento, los lineamientos que debía seguir la educación en el país: de corte católico y enfocada en formar ciudadanos virtuosos y útiles en agricultura, comercio o industria.

En este sentido, puede hablarse de cierta producción cultural en el marco de dicha guerra. Es probable que distintos espacios de esparcimiento cultural siguieran vigentes, pero el énfasis que se le dio a la cultura en muchas ciudades del país no fue mayoritario. De hecho, por estos motivos fue que muchas escuelas de artesanos y de bellas artes tuvieron que cerrar, bien fuera porque sus alumnos se vieron implicados en el conflicto, o bien por falta de recursos que, en general, se destinaban al sostenimiento de las tropas.

Culminada la Guerra de los Mil Días por medio de tratados de paz y la permanencia en el poder de los conservadores se forjó nueva visión enfocada en el progreso y la modernización. Por tal, el país experimentó una lenta recuperación de las estructuras socioculturales, impulsadas por la bonanza bananera y cafetera para principios del siglo XX, lo que implicó un mejoramiento de aspectos como el educativo, con énfasis en historia nacional, ciencia, bellas artes y medicina. De esta manera, se realizaron concursos para incentivar la innovación en diferentes áreas:

La Asamblea Departamental del Magdalena ORDENA: Artículo 1°. Destinase de las rentas del Departamento la suma de cinco mil quinientos pesos (\$5,500) oro, para costear anualmente la instrucción de doce jóvenes en la Universidad Nacional de Bogotá. Artículo 2° [...] serán distribuidas [...] Dos para la provincia de Santa Marta [...]. (Ordenanzas del Magdalena, 1911.).

Igualmente, las compañías extranjeras tuvieron mayor fuerza, pues la política de compra fue mucho más agresiva; además, “muchas haciendas cambiaron de propietario. La mayoría de los fundadores (...) murieron en estos años y las propiedades que permanecieron en el patrimonio de las familias corrieron el riesgo de la división material entre herederos” (Palacios, 2002, p. 140) lo que llevó al predominio del cultivo bananero en la zona y la llegada de la United Fruit Company. Con el impulso del capital extranjero se dieron los primeros pasos para la construcción de acueductos, alcantarillados y redes eléctricas, que vino con una serie de reclamaciones de la población, pues no había una eficiente distribución de servicios públicos, puesto que existían cortes en las redes, malas instalaciones o abandono de las ya existentes; asimismo, hubo un auge en la construcción de mercados abiertos, del cual la ciudad podría beneficiarse más como puerto.

Conclusiones

Las mutaciones sociales y políticas que hicieron parte integral del panorama republicano decimonónico constituyeron un campo de interés en los estudios culturales al encontrar esfuerzos por consolidar una identidad cultural que marcara distancias con instituciones e imaginarios del Antiguo Régimen con miras a fortalecer la idea de nación. No obstante, estos procesos se dificultaron por las acentuadas diferencias regionales, las guerras civiles y las constantes reformas políticas.

La Guerra de los Mil Días fue la consecuencia directa de diversos problemas no resueltos a lo largo del siglo XIX que buscaban la estabilización de la joven república. El mal manejo del Estado, la tenencia de la tierra, el control de los medios de comunicación y la abolición de la esclavitud fueron algunos elementos que precedieron las confrontaciones de este período y trastornaron a la sociedad colombiana. En este contexto, el estallido de la guerra se ha observado como la culminación de procesos políticos que, más allá de las evidentes repercusiones sociales y económicas, influyó en los imaginarios, discursos y prácticas culturales. Sin embargo, dada la fragmentación regional en la que aún se hallaba inmerso el país, es poca la atención que la historiografía ha prestado al desarrollo cultural durante este período.

El departamento del Magdalena, y la ciudad de Santa Marta, sufrirán grandes transformaciones a lo largo de este período que sirve de objeto de análisis de los consecuentes cambios que llegaron con el auge comercial. Con la creación las redes fluviales y marítimas entre 1850 y 1870 se reforzaron ciertas dinámicas culturales enfocadas en festividades como el carnaval y la importación de instrumentos musicales como acordeones o pianos que, durante la guerra, se mantuvieron como parte esencial no solo de la cotidianidad sino de la misma identidad local.

Ciertamente, diversas expresiones culturales fueron relegadas a un segundo plano durante el período de entre siglos a causa de la guerra, y el foco de interés de una gran porción de la

sociedad colombiana en el siglo XIX estaba relacionado con cuestiones ideológicas asociadas a los partidos tradicionales. Sin embargo, estos fueron los temas predominantes, la producción cultural estuvo totalmente vedada de la cotidianidad, como en el caso de la producción musical, cuya práctica sí se vio afectada en dicha época y, actualmente es muy poco lo que la historiografía puede ofrecer sobre el tema. Sin embargo, hay documentos personales de combatientes que permiten hablar, por lo menos, de una narrativa de la guerra contada a través de la producción artística. Por ejemplo, poemas, relatos, coplas o canciones que han servido para mostrar, en un nivel micro, cómo era visto y narrado el enfrentamiento desde los mismos combatientes y sus líderes.

Por ende, si bien hay esfuerzos por resaltar la participación de los grupos subalternos en la guerra, sus motivaciones y las transformaciones que siguieron tras el enfrentamiento, sigue quedando un vacío en cuanto a sus consecuencias en lo cultural, en particular en la Costa Caribe. La mención a algunos acontecimientos posteriores, así como a las transformaciones en aspectos como la música y la danza aportan datos relevantes para el estudio de las dinámicas culturales de la población samaria de finales del siglo XIX, pero no hay menciones directas a las secuelas que esta guerra dejó en ello.

Por otro lado, la prensa es una fuente relevante mediante la cual es posible analizar estas dinámicas, sobre todo con el surgimiento de periódicos dedicados a la crítica y, también a informar, sobre la situación política, económica y social antes, durante y después de la guerra, pretendiendo mostrar el reflejo de una sociedad que, aparentemente, estaba condenada al atraso y a vivir en un estado constante de conflicto. Aun así, dentro de los desafíos investigativos es innegable la complejidad de la búsqueda de fuentes primarias, pues en la actualidad sigue existiendo una diferencia abismal en el cuidado documental de los archivos históricos de región y central. Lo que es claro es la falta de documentación para el caso de Santa Marta, haciendo un llamado al pésimo estado del Archivo Histórico del Magdalena Grande, sin una catalogación, cuidado o mantenimiento adecuado. Por lo que esta investigación se convierte en un punto de partida para indagar más a fondo sobre esta cuestión documental que se podría dar paso a futuras y posibles perspectivas ante la utilización de ciertas secciones de este archivo que no se han indagado y sean material inédito.

En síntesis, tras el estallido de la Guerra de los Mil Días se dio un punto de quiebre de algunos imaginarios coloniales vigentes en las dinámicas de la elite y el resto de la sociedad en el siglo XIX. Esto se evidencia por las crisis que ocasionaron la destrucción de ciudades, rutas comerciales (principalmente ferroviarias), las telecomunicaciones (torres de telégrafo); lo que incide en el interés por la economía bananera de la región que estableció nuevas relaciones con empresas extranjeras que ayudaron a dinamizar esta producción, propiciando una transformación social y cultural.

Referencias bibliográficas

- Acevedo, R. (2011). *Memorias, lecciones y representaciones históricas. La celebración del primer centenario de la Independencia en las escuelas de la provincia de Cartagena (1900-1920)*. Ediciones Uniandes.
- Álvarez, J. y López, A. (2020). Por el control del río: el puerto de Magangué y la guerra de los Mil Días en el Caribe colombiano (1899-1902). *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 25(2), 219-242. <https://doi.org/10.18273/revanu.v25n2-2020008>
- Álvarez Llanos, J. (2004). “Prácticas políticas en el Caribe Colombiano a principios del siglo XX.” *Historia Caribe*, 4(9), 52-66.
- Bell Lemus, G., (1989). El Canal del Dique 1810-1840: el viacrucis de Cartagena. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 27(21).
- Bergquist, C.(1999). *Café y conflicto en Colombia (1886-1910). La guerra de los Mil Días, sus antecedentes y consecuencias*. Banco de la República.
- Borja, J. (2011). La tradición colonial y la pintura del siglo XIX en Colombia. En Y. Chicangana-Bayona y F. Ortega(Eds.). *200 años de independencias. Las culturas políticas y sus legados* (pp. 441-462). Universidad Nacional de Colombia.
- Caballero, A., (2018). *Historia de Colombia y sus oligarquías*. Editorial Planeta Colombiana.
- Carrasquilla, D. (2017). Representaciones e identidades en el Caribe colombiano: el rescate de las tradiciones en los festivales musicales. *Revista Encuentros*, 15(3), 56-68.
- Cuervo, E. (1999). Cien años de la guerra de los Mil Días. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 37(54).
- Decreto N°223 de 4 de febrero 1901, AHMG.
- Decreto 428 de 1899. [Gobierno Nacional]. *Por el cual se pasa el conocimiento de varios asuntos al Ministerio de Instrucción*. 23 de septiembre 1899. Archivo General de la Nación.
- Delegados del Partido Conservador. (1899). *Acuerdo N° 3 del 17 de agosto de 1899*. Archivo Histórico del Magdalena Grande.
- Drozdewski, D, Waterton E. y Sumartojo S. (2019). Cultural memory and identity in the context of war: Experiential, place-based and political concerns. *International Review of the Red Cross*, 101(910), 251-272.
- Elías-Caro, J. (2019). El empresariado de Santa Marta en el siglo XIX. En E. Rey Sinning (Ed.). *Santa Marta en el siglo XIX. Primera parte* (pp. 189-233). Tertulia Samaria, t. III. Santa Marta: Caja de Compensación Familiar del Magdalena.

- Eliás-Caro, J. E. (2020). Organización y sociabilidad en Santa Marta, 1820-1860. En E. Rey Sinning (comp.). *Santa Marta en el siglo XIX. Segunda parte* (pp. 51-118). Tertulia Samaria, t. IV. Santa Marta: Caja de Compensación Familiar del Magdalena.
- El Impulso*. Santa Marta 10 de marzo de 1897. Periódico misceláneo. Santa Marta: Imprenta de El Vigilante. AHMG.
- El Impulso*. Santa Marta 8 de febrero de 1895. Periódico misceláneo. Santa Marta: Imprenta de El Vigilante. AHMG.
- Fisher, T. (1998). Antes de la separación de Panamá: la guerra de los mil días, el contexto internacional y el canal. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. (25), 73-108.
- Gasca L, M. (2017). El Congo Grande de Barranquilla, el congo de oro del carnaval. *Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe*, (32), 227-253.
- Gutiérrez, E. (2013). El mundo simbólico festivo en el Caribe colombiano. *Revista Brasileira do Caribe*, 14 (27), 69-98.
- Henríquez, G. (2000). Música del Magdalena Grande en el siglo XIX. Eulalio Meléndez. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 37(53), 3-33. https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/1440
- Inspector de obras públicas del Departamento. (1900, 27 de diciembre) *Correspondencia del Inspector de obras públicas del Departamento al señor Gobernador del departamento, Legajo 11, Tomo 11, Santa Marta*. Archivo Histórico del Magdalena Grande.
- La Escuela*. Santa Marta, 1 de abril de 1890. Hemeroteca Universidad de Antioquia.
- Lizcano, M., González, D. (2010). El Carnaval de la vía 40, un vistazo en contravía. *Memorias. Revista Digital de Historia y Arqueología desde el Caribe*, (13), 202-225.
- Manilowski, B. (1984). *Una teoría científica de la cultura*. Editorial Sarpe.
- Mcombs, M. (2006). *Estableciendo la agenda. El impacto de los medios en la opinión pública y en el conocimiento*. Paidós.
- Melo, J. (1987). *Las vicisitudes del modelo liberal (1850-1899)*. Historia económica de Colombia. Siglo XXI Editorial de Colombia.
- Ordenanzas del Magdalena*. Ordenanza número 7, Santa Marta, 24 de abril de 1911. AHMG.
- Palacios, M. (2002). *El café en Colombia (1850-1970)*. Editorial Planeta.
- Palacios, M. (2003). *Entre la legitimidad y la violencia: Colombia 1875-1994*. Editorial Norma.
- Pérez, L. (2014). Reflexiones morales sobre la guerra y la paz en los textos escolares usados después de la Guerra de los Mil Días. *Memoria y Sociedad*, 19(38). <https://doi.org/10.11144/Javeriana.mys19-38.rmgp>

- Pita, R. (2019). Las comunicaciones como ‘arma de guerra’ en Colombia: el impacto de la guerra de los Mil Días en el servicio telegráfico. *Estudios Sociohumanísticos*, (1), 1-26.
- Real, M.(1992). *Rasgos históricos de Santa Marta*. Academia de Historia del Magdalena.
- Restrepo, E. (1975). *Historia de la Provincia de Santa Marta*. Instituto Colombiano de Cultura e Imprenta de Colombia.
- Revollo, P. (1956). *Mis memorias. Primera Parte*. Mejoras.
- Rey Sinning, E. (2008). *Proclamaciones, exaltaciones y celebraciones en el Caribe colombiano, siglos XVIII-XIX*. Ediciones Pluma de Mompox.
- Rey Sinning, E. (2019). Las últimas celebraciones de la monarquía borbónica y el inicio de las nuevas liturgias patrióticas en Santa Marta. En E. Rey Sinning (comp.). *Santa Marta en el siglo XIX. Primera parte* (pp. 159-187). Tertulia Samaria, t. III. Santa Marta: Caja de Compensación Familiar del Magdalena.
- Robles, J. (2015). *Recuerdos de la guerra de los Mil Días en las provincias de Padilla y Valledupar en la Guajira*. Editorial Orígenes.
- Rodríguez, J. (2011). Nacionalismo, patriotismo y ciudadanías: conceptos en tensión. En Y. Chicangana-Bayona y F. Ortega Martínez, (Eds.). *200 años de independencias. Las culturas políticas y sus legados* (pp. 51-72). Universidad Nacional de Colombia.
- Schuster, S., y Vargas Álvarez, S. (2021). El Centenario revisitado: un viajero alemán en las fiestas patrias de Colombia (1910). *Historia y MEMORIA*, (23), 299-333.
- Solano, S. (2010). Un problema de escala: la configuración social del puerto en las ciudades del Caribe colombiano (1850-1930). En J. Elías-Caro, y A. Vidal (Eds.). *Ciudades Portuarias En La Gran Cuenca Del Caribe. Visión Histórica*, (pp. 398-441) UniNorte-UniMagdalena.
- Suárez, M. (2008). Notas sobre la historiografía de la transición de las familias de poder en el Caribe colombiano. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 13(1), 1-20.
- Trujillo, D. (2018). Voces y paisajes del miedo: una mirada afectiva a la Guerra de los Mil Días (1899-1902). *Maguaré*, 32(2), 83–117. <https://doi.org/10.15446/mag.v32n2.77006>
- Uribe, M. (2006). *Las palabras de la guerra. Metáforas, narraciones y lenguajes políticos. Un estudio sobre las memorias de las guerras civiles colombianas*. Universidad de Antioquia.
- Valdeblánquez, J. (2015). *Historia del Magdalena y del territorio de La Guajira desde el año 1895-1963*. Gobernación de La Guajira.
- Vanegas, I. (2017) *El siglo diecinueve colombiano*. Ediciones Plural.

- Villegas, Á. (2011). Palimpsestos patrios: barbarie y nación en la economía escrituraria en la Nueva Granada 1835-1869. En Y. Chicangana-Bayona y F. A. Ortega Martínez (Eds.). *200 años de independencias. Las culturas políticas y sus legados* (pp. 413-430). Universidad Nacional de Colombia.
- Viloria De La Hoz, J. (2014). *Empresarios del Caribe colombiano: historia económica y empresarial del Magdalena Grande y del Bajo Magdalena, 1870-1930*. Banco de la República.
- Viloria De La Hoz, J. (2018). Comercio exterior en Santa Marta: el papel del puerto samario durante los siglos XIX y XX. En J. E. Elías-Caro y J. Viloria De La Hoz (Eds.). *Historia de Santa Marta y el Magdalena Grande. Del periodo Nahuange al siglo XXI*. Editorial Unimagdalena; Universidad Sergio Arboleda.
- Viloria De La Hoz, J. (2018). *Acordeones, cumbiambas y vallenato en el Magdalena Grande: una historia cultural y política, 1870-1960*. Editorial Unimagdalena.